

The background of the cover is a dark, atmospheric illustration. It depicts a stone structure, possibly a tomb or a temple entrance, with a set of wide, shallow steps leading up to a dark doorway. The walls and steps are covered in intricate, golden, web-like patterns that resemble spider webs or ancient carvings. In the foreground on the left, the dark silhouette of a person with wild, unkempt hair and a long, dark coat stands looking towards the structure. The overall color palette is muted, consisting of dark greys, browns, and a touch of golden yellow from the decorative elements.

H. P. Lovecraft

La Tumba

E LEJANDRIA



H. P. Lovecraft

La Tumba

ELEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA TUMBA

H. P. LOVECRAFT

PUBLICADO: 1922

FUENTE: [HTTPS://EN.WIKISOURCE.ORG](https://en.wikisource.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

**EDICIÓN ORIGINAL: WEIRD TALES, VOLUME 7, NUMBER 1,
1926**

LA TUMBA

Sedibus ut saltem placidis in morte quiescam. — Virgilio.

Al referir las circunstancias que me han conducido a mi reclusión en este refugio para dementes, soy consciente de que mi situación actual suscitará una duda natural sobre la autenticidad de mi relato. Es un hecho lamentable que la mayor parte de la humanidad tenga una visión mental demasiado limitada para sopesar con paciencia e inteligencia aquellos fenómenos aislados, percibidos y sentidos únicamente por unos pocos de especial sensibilidad psicológica, que quedan fuera de su experiencia común. Los hombres de intelecto más amplio saben que no existe una distinción tajante entre lo real y lo irreal; que todas las cosas se nos aparecen como son únicamente en virtud de los delicados medios físicos y mentales, individuales en cada uno, a través de los cuales llegamos a tener conciencia de ellas; pero el prosaico materialismo de la mayoría condena como locura los destellos de visión superior que penetran el velo común del empirismo evidente.

Me llamo Jervas Dudley, y desde mi más tierna infancia he sido un soñador y un visionario. Rico más allá de la necesidad de llevar una vida comercial, y de temperamento incompatible con los estudios formales y las diversiones sociales de mis conocidos, he vivido siempre en reinos apartados del mundo visible; pasando mi juventud

y adolescencia en libros antiguos y poco conocidos, y vagando por los campos y arboledas de los alrededores de mi hogar ancestral. No creo que lo que leía en aquellos libros o veía en aquellos campos y arboledas fuera exactamente lo que otros muchachos leían y veían allí; pero de esto debo decir poco, pues hablar en detalle no haría sino confirmar aquellas crueles calumnias sobre mi cordura que a veces escucho en los susurros de los sigilosos asistentes que me rodean. Me basta con relatar los hechos sin analizar sus causas.

He dicho que viví apartado del mundo visible, pero no he dicho que viviera solo. Eso no puede hacerlo ningún ser humano; pues quien carece de la compañía de los vivos acude inevitablemente a la camaradería de las cosas que no están, o que ya no están, vivas. Junto a mi hogar hay una singular hondonada arbolada, en cuyas profundidades crepusculares pasé la mayor parte de mi tiempo; leyendo, pensando y soñando. Por sus laderas cubiertas de musgo di mis primeros pasos en la infancia, y en torno a sus grotescamente retorcidos robles tejí mis primeras fantasías de niño. Llegué a conocer bien a las dríades que presidían aquellos árboles, y muchas veces las observé danzar frenéticamente a la tenue luz de una luna menguante; pero de estas cosas no debo hablar ahora. Solo contaré lo referente a la solitaria tumba en lo más oscuro de los matorrales de la ladera; la tumba abandonada de los Hyde, una familia antigua e ilustre cuyo último descendiente directo había sido depositado en sus negros recovecos muchas décadas antes de mi nacimiento.

La cripta a la que me refiero es de granito antiguo, desgastado y decolorado por las nieblas y la humedad de generaciones. Excavada en la ladera, la estructura solo es visible en su entrada. La puerta, una losa de piedra pesada y sombría, cuelga de goznes de hierro oxidado y está sujeta entreabierta de manera extrañamente siniestra mediante gruesas cadenas de hierro y candados, siguiendo una macabra costumbre de hacía medio siglo. La morada de la estirpe cuyos vástagos descansan aquí inhumados había coronado en otro tiempo el declive que alberga la tumba, pero hacía mucho que había sido pasto de las llamas surgidas de un rayo. Del temporal de medianoche que destruyó aquella lúgubre mansión, los habitantes

más ancianos de la región hablan a veces en voz baja e inquieta; aludiendo a lo que llaman «la ira divina» de una manera que, con el paso de los años, fue incrementando vagamente la fascinación, siempre intensa, que aquel sepulcro oscurecido por el bosque ejercía sobre mí. Solo un hombre había perecido en el incendio. Cuando el último de los Hyde fue enterrado en aquel lugar de sombra y quietud, la triste urna con sus cenizas llegó desde una tierra lejana, a la que la familia se había trasladado tras el incendio de la mansión. Nadie queda ya para depositar flores ante el portal de granito, y pocos se atreven a desafiar las sombras opresivas que parecen pervivir de manera extraña en torno a las piedras desgastadas por el agua.

Nunca olvidaré la tarde en que di por primera vez con aquella casa de la muerte semioculta. Era en pleno verano, cuando la alquimia de la naturaleza transforma el paisaje silvestre en una masa vívida y casi homogénea de verdor; cuando los sentidos están casi embriagados por los mares pujantes de húmeda vegetación y los olores sutilmente indefinibles del suelo y las plantas. En semejante entorno, la mente pierde la perspectiva; el tiempo y el espacio se vuelven triviales e irreales, y los ecos de un pasado prehistórico olvidado golpean con insistencia en la conciencia embelesada.

Había pasado el día entero vagando por las arboledas místicas de la hondonada; pensando pensamientos que no necesito comentar y conversando con cosas que no necesito nombrar. Tenía diez años, pero había visto y oído muchas maravillas desconocidas para la mayoría, y era extrañamente maduro en ciertos aspectos. Cuando, al abrirme paso entre dos tupidos matorrales de zarzas, me encontré de repente ante la entrada de la cripta, no sabía qué era lo que había descubierto. Los oscuros bloques de granito, la puerta curiosamente entreabierta y los relieves funerarios sobre el arco no despertaron en mí ninguna asociación de carácter lúgubre o terrorífico. De tumbas y sepulcros sabía e imaginaba mucho, pero mi temperamento peculiar me había mantenido apartado de todo contacto personal con camposantos y cementerios. La extraña casa de piedra en la ladera arbolada era para mí únicamente una fuente

de interés e interrogantes; y su interior frío y húmedo, al que me asomaba en vano por la apertura tan tentadoramente dejada, no encerraba para mí ningún indicio de muerte o descomposición. Pero en aquel instante de curiosidad nació el deseo insensato e irrefrenable que me ha traído a este infierno de reclusión. Espoleado por una voz que debía de brotar del alma horrible del bosque, resolví adentrarme en las tinieblas que me llamaban a pesar de las pesadas cadenas que me cerraban el paso. Con la luz menguante del día alternaba entre sacudir los oxidados impedimentos con la intención de abrir de par en par la puerta de piedra, e intentar colar mi menuda figura por el espacio ya disponible; pero ninguno de los dos planes tuvo éxito. Primero curioso, ahora estaba frenético; y cuando regresé a casa en el crepúsculo espesante, había jurado por los cien dioses de la arboleda que, costara lo que costase, algún día lograría entrar en las negras y frías profundidades que parecían llamarme. El médico de barba gris hierro que viene cada día a mi cuarto le dijo una vez a un visitante que esta decisión marcó el inicio de una lamentable monomanía; pero dejaré el juicio final a mis lectores, cuando lo hayan sabido todo.

Los meses que siguieron a mi descubrimiento los pasé en vanos intentos de forzar el complicado candado de la cripta levemente abierta, y en indagaciones cuidadosamente veladas sobre la naturaleza e historia de la estructura. Con los oídos tan receptivos como suelen serlo los de los niños, aprendí mucho; aunque una habitual reserva me llevó a no contar a nadie ni mis averiguaciones ni mis propósitos. Quizá valga la pena mencionar que no me sorprendió ni me aterró en absoluto enterarme de la naturaleza de la cripta. Mis ideas bastante originales sobre la vida y la muerte me habían llevado a asociar de manera vaga la fría arcilla con el cuerpo que respira; y sentía que la ilustre y siniestra familia de la mansión quemada estaba representada de algún modo en el espacio de piedra que pretendía explorar. Los cuentos murmurados sobre los extraños ritos y las licenciosas bacanales de años pretéritos en el antiguo salón me otorgaron un interés nuevo y poderoso por la tumba, ante cuya puerta me sentaba horas y horas cada día. Una

vez introduje una vela por la entrada casi cerrada, pero no vi más que un tramo de húmedos peldaños de piedra que descendían hacia la oscuridad. El olor del lugar me repelía a la vez que me hechizaba. Sentía que ya lo había conocido antes, en un pasado remoto más allá de todo recuerdo; más allá incluso de mi ocupación del cuerpo que ahora poseo.

El año después de contemplar por primera vez la tumba, di en el ático de mi casa, repleto de libros, con una traducción carcomida por los gusanos de las *Vidas paralelas* de Plutarco. Al leer la vida de Teseo, me impresionó mucho el pasaje que narra la gran piedra bajo la cual el joven héroe debía encontrar sus señales del destino cuando fuera lo bastante mayor para levantarla con su enorme peso. Esta leyenda tuvo el efecto de disipar mi más acuciante impaciencia por entrar en la cripta, pues me hizo sentir que el momento aún no había llegado. Más adelante, me dije, alcanzaría una fuerza e ingenio que quizá me permitirían desatar fácilmente la puerta con sus pesadas cadenas; pero hasta entonces haría mejor en conformarme con lo que parecía la voluntad del Destino.

Así pues, mis vigilias junto al portal húmedo se volvieron menos constantes, y mucho de mi tiempo lo dediqué a otras ocupaciones igualmente extrañas. A veces me levantaba muy silenciosamente de noche, escabulléndome para pasear por aquellos camposantos y lugares de enterramiento de los que mis padres me habían mantenido alejado. Lo que hacía allí no puedo decirlo, pues ya no estoy seguro de la realidad de ciertas cosas; pero sé que al día siguiente de semejante excursión nocturna solía asombrar a quienes me rodeaban con mi conocimiento de asuntos casi olvidados desde hacía muchas generaciones. Fue tras una noche como esa cuando escandalicé a la comunidad con una extraña ocurrencia sobre el entierro del rico y célebre alcaide Brewster, un personaje de la historia local sepultado en 1711, cuya lápida de pizarra, con una calavera y dos tibias en cruz grabadas, se deshacía lentamente en polvo. En un momento de imaginación infantil afirmé no solo que el empresario de pompas fúnebres, el buen Simpson, había robado los zapatos de hebilla de plata, las medias de seda y los calzones de

satén del difunto antes de enterrarlo; sino que el propio alcaide, no del todo inerte, se había vuelto dos veces en su ataúd cubierto por el montículo al día siguiente del entierro.

Pero la idea de entrar en la tumba nunca abandonó mis pensamientos; estimulada, de hecho, por el inesperado descubrimiento genealógico de que mi propia línea materna tenía al menos un leve vínculo con la familia Hyde, supuestamente extinguida. Último de mi estirpe paterna, era asimismo el último de esta línea más antigua y misteriosa. Comencé a sentir que la tumba era mía, y a aguardar con ardiente ansia el momento en que pudiera cruzar aquella puerta de piedra y descender por aquellos viscosos peldaños de piedra en la oscuridad. Adquirí entonces la costumbre de escuchar con gran atención en el portal levemente abierto, eligiendo mis horas favoritas de silencio nocturno para aquella extraña vigilia. Cuando llegué a la mayoría de edad, había creado un pequeño claro en los matorrales frente a la fachada manchada de moho de la ladera, dejando que la vegetación circundante rodeara y se cerniera sobre el espacio como las paredes y el techo de un cenador silvestre. Aquel cenador era mi templo, la puerta cerrada mi santuario, y allí me tendía sobre el musgo del suelo, pensando pensamientos extraños y soñando sueños extraños.

La noche de la primera revelación era bochornosa. Debí de quedarme dormido por el cansancio, pues fue con una nítida sensación de despertar que oí las voces. De aquellos tonos y acentos prefiero no hablar; de su calidad no hablaré en absoluto; pero puedo decir que presentaban ciertas diferencias inquietantes de vocabulario, pronunciación y modo de expresión. Todos los matices del habla de Nueva Inglaterra, desde las toscas sílabas de los colonos puritanos hasta la retórica precisa de cincuenta años atrás, parecían estar representados en aquel coloquio sombrío, aunque solo después reparé en ello. En aquel momento, en efecto, mi atención estaba distraída de este asunto por otro fenómeno; un fenómeno tan fugaz que no podría afirmar con certeza su realidad. Apenas creí percibir que, al despertar, una luz había sido apresuradamente apagada dentro del sepulcro subterráneo. No creo

que me quedara atónito ni preso del pánico, pero sé que aquella noche quedé profunda y permanentemente transformado. Al regresar a casa fui directamente a un arcón carcomido del ático, en el que encontré la llave que al día siguiente abrió con facilidad la barrera que tanto tiempo había asaltado en vano.

Fue a la suave luz de la tarde cuando entré por primera vez en la cripta de aquella ladera abandonada. Un hechizo se había apoderado de mí, y mi corazón latía con una exaltación que me resulta difícil de describir. Al cerrar la puerta detrás de mí y descender los peldaños rezumantes a la luz de mi solitaria vela, parecía conocer el camino; y aunque la vela chisporroteaba con el sofocante tufo del lugar, me sentí singularmente a gusto en el aire rancio, propio de una casa mortuoria. Mirando a mi alrededor, observé numerosas losas de mármol que sostenían ataúdes, o lo que quedaba de ellos. Algunos estaban sellados e intactos, pero otros habían desaparecido casi por completo, dejando los tiradores y las placas de plata aislados en medio de ciertos montones curiosos de polvo blanquecino. En una placa leí el nombre de sir Geoffrey Hyde, que había llegado de Sussex en 1640 y había muerto aquí pocos años después. En un nicho destacado había un ataúd bastante bien conservado y sin ocupar, adornado con un único nombre que me arrancó a la vez una sonrisa y un estremecimiento. Un extraño impulso me llevó a trepar sobre la ancha losa, apagar mi vela y tenderme dentro de la caja vacía.

A la grisácea luz del alba salí tambaleándome de la cripta y cerré con llave la cadena de la puerta. Ya no era un hombre joven, aunque solo veintiún inviernos habían enfriado mi cuerpo. Los madrugadores del pueblo que observaron mi regreso a casa me miraron con extrañeza, y se maravillaron ante las señales de desenfrenada juerga que veían en alguien cuya vida era conocida por sobria y solitaria. No me presenté ante mis padres hasta después de un largo y reparador sueño.

A partir de entonces frecuenté la tumba cada noche; viendo, oyendo y haciendo cosas que nunca debo recordar. Mi habla,

siempre susceptible a las influencias del entorno, fue lo primero en ceder al cambio; y pronto se comentó el arcaísmo que había adquirido de pronto en mi dicción. Más tarde apareció en mi actitud una extraña audacia y temeridad, hasta que sin darme cuenta fui adoptando los modales de un hombre de mundo pese a mi reclusión de toda la vida. Mi antes callada lengua se volvió locuaz con la fácil gracia de un Chesterfield o el impío cinismo de un Rochester. Desplegaba una erudición peculiar, completamente distinta de los fantásticos y monásticos saberes sobre los que me había inclinado en la juventud; y llenaba las hojas de guarda de mis libros con espontáneos epigramas fáciles que evocaban a Gay, a Prior y a los más brillantes ingenios y rimadores del período augusteo. Una mañana, en el desayuno, estuve a punto de causar un desastre al declamar con acento manifiestamente ebrio una pieza de júbilo báquico del siglo XVIII —una broma georgiana nunca recogida en ningún libro— que venía a decir algo así:

¡Venid acá, mozos, con vuestros jarros de cerveza, y bebed al presente antes de que se acabe! Amontonad en el plato una montaña de carne, que comer y beber son los que nos dan alivio. ¡Así que llenad el vaso, que la vida pasa aprisa; cuando estéis muertos no brindaréis a vuestro rey ni a vuestra moza!

Dicen que Anacreonte tenía la nariz colorada; ¡pero qué importa la nariz si uno es feliz y está alegre! ¡Que me parta un rayo! Prefiero estar colorado aquí que blanco como un lirio... ¡y muerto hace medio año! ¡Así que Betty, chiquilla, dame un beso; en el infierno no hay hija de tabernero como esta!

El joven Harry, tan tieso como puede ponerse, pronto perderá la peluca y se deslizará bajo la mesa; ¡pero llenad las copas y pasadlas de mano en mano! ¡Mejor bajo la mesa que bajo tierra! ¡Así que juega y chanza mientras bebéis sedientos: bajo dos metros de tierra cuesta más reírse!

¡Que el diablo me vuelva azul! Apenas puedo andar. ¡Y que me condenen si puedo mantenerme en pie o hablar! ¡Eh, posadero, dile a Betty que traiga una silla; me iré a casa un rato, que mi mujer no

está! ¡Así que dadme la mano; no puedo sostenerme. ¡Pero estoy alegre mientras sigo sobre la tierra!

Por aquella época me sobrevino el miedo al fuego y a las tormentas eléctricas que me aqueja en la actualidad. Antes indiferente a tales cosas, ahora me inspiraban un horror indecible; y me retiraba a los rincones más interiores de la casa siempre que el cielo amenazaba con una exhibición eléctrica. Uno de mis lugares predilectos durante el día era el sótano en ruinas de la mansión que había ardido, y en la imaginación me representaba la construcción tal como debía de haber sido en su apogeo. En una ocasión asombré a un aldeano conduciéndolo con confianza a un subsótano poco profundo cuya existencia parecía conocer yo, pese a que llevaba muchas generaciones sin verse y sin recordarse.

Por fin llegó aquello que tanto había temido. Mis padres, alarmados por el comportamiento y el aspecto alterados de su único hijo, comenzaron a ejercer sobre mis movimientos una vigilancia benévola que amenazaba con traer el desastre. No había contado a nadie mis visitas a la tumba, habiendo guardado mi propósito secreto con celo casi religioso desde la infancia; pero ahora me veía obligado a extremar la cautela al recorrer las sinuosidades de la hondonada arbolada, para despistar a un posible perseguidor. La llave de la cripta la llevaba colgada de un cordel al cuello, siendo su presencia conocida únicamente por mí. Nunca saqué del sepulcro ninguna de las cosas que encontraba entre sus paredes.

Una mañana, al salir de la húmeda tumba y cerrar con mano no muy firme la cadena del portal, descubrí en un matorral cercano el temido rostro de un vigilante. El final estaba próximo, sin duda; pues mi cenador había sido descubierto y el objetivo de mis expediciones nocturnas, revelado. El hombre no me abordó, así que me apresuré a volver a casa con la intención de oír lo que pudiera comunicar a mi preocupado padre. ¿Iban a hacerse públicas mis estancias más allá de la puerta encadenada? Imaginad mi asombro y mi alegría al escuchar al espía informar a mi padre en un cauteloso susurro que yo había pasado la noche en el cenador exterior a la tumba, con los

ojos entrecerrados fijos en la ranura por donde el portal con candado permanecía entreabierto. ¿Por qué milagro había sido así engañado el vigilante? Quedé convencido de que una agencia sobrenatural me protegía. Envalentonado por esta circunstancia llegada del cielo, comencé a retomar plena franqueza en mis visitas a la cripta; seguro de que nadie podía presenciar mi entrada. Durante una semana saboreé plenamente las alegrías de aquella macabra camaradería que no debo describir, cuando sucedió lo inevitable y fui llevado a esta maldita morada de tristeza y monotonía.

No debería haber salido aquella noche; pues el presagio del trueno estaba en las nubes, y una fosforescencia infernal brotaba del pantano fétido al fondo de la hondonada. El llamado de los muertos, además, era diferente. En lugar de la tumba de la ladera, era el sótano carbonizado en la cima del declive cuyo demonio tutelar me hacía señas con dedos invisibles. Al salir de un bosquecillo intermedio hacia el llano frente a las ruinas, contemplé a la luz neblinosa de la luna algo que siempre había esperado vagamente. La mansión, desaparecida hacía un siglo, volvía a alzar su señorial altura ante mi visión arrebatada; todas las ventanas ardían con el esplendor de numerosas velas. Por el largo camino de acceso llegaban los coches de la buena sociedad de Boston, mientras que a pie llegaba una numerosa asamblea de elegantes empolvados procedentes de las mansiones vecinas. Con aquella muchedumbre me mezclé, aunque sabía que mi lugar estaba entre los anfitriones y no entre los invitados. En el interior del salón había música, carcajadas y vino por todas partes. Varios rostros reconocí, aunque los habría reconocido mejor de haber estado arrugados o devorados por la muerte y la descomposición. En medio de una multitud desbocada y temeraria, yo era el más desenfrenado y abandonado de todos. Blasfemias alegres brotaban a torrentes de mis labios, y en mis escandalosas salidas no respetaba ninguna ley de Dios, del hombre ni de la naturaleza.

De pronto, un estampido de trueno, que resonó incluso por encima del estrépito de la licenciosa bacanal, hendió el tejado mismo

y sumió a la bulliciosa compañía en un silencio de miedo. Lenguas rojas de fuego y ráfagas abrasadoras de calor envolvieron la casa; y los juerguistas, sobrecogidos de terror ante la llegada de una calamidad que parecía trascender los límites de la naturaleza sin guía, huyeron gritando hacia la noche. Solo yo permanecí, clavado en mi asiento por un miedo abyecto que no había sentido nunca. Y entonces un segundo horror se apoderó de mi alma. ¡Quemado vivo hasta las cenizas, mi cuerpo dispersado por los cuatro vientos, quizá no pudiera reposar jamás en la tumba de los Hyde! ¿Acaso no estaba mi ataúd preparado para mí? ¿No tenía derecho a descansar por toda la eternidad entre los descendientes de sir Geoffrey Hyde? ¡Sí! Reclamaría mi herencia de muerte, aunque mi alma tuviera que buscar a través de los siglos otro receptáculo corporal que la represente en aquella losa vacía del nicho de la cripta. ¡Jervas Hyde nunca compartiría el triste destino de Palinuro!

Cuando el fantasma de la casa en llamas se desvaneció, me encontré gritando y forcejeando frenéticamente entre los brazos de dos hombres, uno de los cuales era el espía que me había seguido hasta la tumba. La lluvia caía a torrentes, y en el horizonte sur había destellos del rayo que tan poco antes había pasado sobre nuestras cabezas. Mi padre, con el rostro surcado de tristeza, estaba allí mientras yo gritaba mis exigencias de ser depositado en la tumba; instando frecuentemente a mis captores a que me trataran con toda la suavidad posible. Un círculo ennegrecido en el suelo del sótano en ruinas daba testimonio de un violento impacto del rayo; y en aquel punto, un grupo de aldeanos curiosos con faroles estaban extrayendo una pequeña caja de factura antigua que el rayo había sacado a la luz.

Cesando en mi inútil y ya sin objeto forcejeo, observé a los curiosos mientras examinaban el tesoro hallado, y me fue permitido participar en sus descubrimientos. La caja, cuyos cierres habían sido rotos por el impacto que la había desenterrado, contenía numerosos papeles y objetos de valor; pero yo solo tenía ojos para una cosa. Era la miniatura en porcelana de un joven tocado con una elegante

peluca rizada, y llevaba las iniciales «J. H.». Era tal el rostro que, al contemplarlo, bien podría haber estado mirando mi propio espejo.

Al día siguiente me trajeron a este cuarto de ventanas enrejadas, pero he sido mantenido al corriente de ciertas cosas a través de un anciano sirviente de entendimiento sencillo, por quien sentí afecto en la infancia y que, como yo, ama los camposantos. Lo que me he atrevido a relatar de mis experiencias dentro de la cripta no me ha ganado más que sonrisas compasivas. Mi padre, que me visita con frecuencia, declara que en ningún momento crucé el portal encadenado, y jura que el candado oxidado no había sido tocado en cincuenta años cuando lo examinó. Incluso dice que todo el pueblo conocía mis visitas a la tumba, y que a menudo me observaban mientras dormía en el cenador exterior a la sombría fachada, con los ojos entrecerrados fijos en la ranura que lleva al interior. Contra estas afirmaciones no tengo ninguna prueba tangible que ofrecer, pues mi llave del candado se perdió en la lucha de aquella noche de horrores. Las extrañas cosas del pasado que aprendí durante aquellos encuentros nocturnos con los muertos las descarta como frutos de mi lectura omnívora de toda la vida entre los antiguos volúmenes de la biblioteca familiar. De no ser por mi viejo criado Hiram, a estas alturas me habría convencido por completo de mi locura.

Pero Hiram, leal hasta el final, ha mantenido su fe en mí, y ha hecho algo que me impulsa a hacer pública al menos una parte de mi historia. Hace una semana forzó el candado que mantiene la puerta de la tumba perpetuamente entreabierta y bajó con un farol a las turbias profundidades. En una losa de un nicho encontró un ataúd antiguo pero vacío, cuya placa deslustrada lleva una sola palabra: *Jervas*. En ese ataúd y en esa cripta me han prometido que seré enterrado.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB